
El amor como género literario

Hortensia Moreno

Para poder ser fiel al tema de estas mesas redondas, tendría que comenzar explicando mi personal concepto de la palabra “democracia”.

En la actualidad, hablar de democracia no implica solamente discutir acerca de las posibilidades de participación política, de las formas de la representación, de la limpieza en las elecciones o de la definición del término “ciudadanía” (los filólogos dicen que la palabra ciudadanos simplemente significa: “encerrados en ciudades”). Creo que, precisamente, la riqueza de esta idea se origina en que nos permite pensar más allá de la política.

Un pensar democrático, entonces, no sería solamente aquel que se preocupa por plantear las condiciones en que es posible la igualdad de los derechos políticos y civiles del conjunto de todos los ciudadanos; sino también aquel que tiene clara conciencia de que existen desigualdades. Aquel que advierte que lo humano no es regular. Aquel que no escucha exclusivamente la voz de las mayorías, sino que es capaz de captar lo que dicen las minorías, los marginados, los excéntricos. Aquel que entiende lo que Hans Mayer (en su bellissimo libro *Historia maldita de la literatura*) llama “el monstruo”.

Es por ello que yo sitúo a la literatura como el espacio democrático por excelencia. Y esto lo han sabido siempre los regímenes autoritarios, que mandan quemar libros unos días antes de comenzar a quemar personas. Los pensamientos más totalitarios prohíben la lectura como un peligro cuyo verdadero alcance nunca se enuncia con claridad, pero sin duda se sospecha.

El tema de la literatura es la subjetividad. Trata de las cosas excepcionales: de aquellos que son capaces de salirse de la norma. Los personajes de la literatura son los anormales, solitarios, parecidos a todos e iguales a nadie, enfrentados a lo “establecido” con dolor, y muchas veces, a su pesar. Por eso se lleva mal con las consignas de uniformar, desconocer las diferencias o destruir las singularidades.

En *La antorcha al oído*, Elías Canetti cuenta lo difícil que fue para él, a los veintidós años, resolver ante su madre la relación amorosa que empezaba a establecer con Veza, quien habida de convertirse, a la larga, en su esposa. Canetti tenía con su madre una relación estrecha y tormentosa. En *La lengua absuelta*, ya nos había relatado los pormenores de ese amor materno-filial lleno de ansias de control, exigencias de exclusividad y violentas demostraciones de celos. En *La antorcha al oído*, pues, el intenso afecto que él había ejercido durante la infancia en contra de la posibilidad de que su madre, viuda, volviera a casarse, se voltea en su contra. Ahora es ella, la madre, quien se opone explícitamente contra cualquier mujer que intente ingresar en la vida de su hijo. Canetti habla así de aquella situación: "...[M]e di cuenta de que había un solo medio de aliviar el sufrimiento de mi madre y, lo que me interesaba aún más, de proteger a Veza contra su odio: inventarme mujeres [...] Lo más difícil de todo era que debía tener informada a Veza. Sin que ella lo supiera, sin su consentimiento, no podía yo inventar ni seguir tramando esas historias, por lo que no pude evitar decirle poco a poco, en pequeñas dosis y con el máximo tacto posible, la verdad sobre la profunda animosidad de mi madre contra ella. Por suerte Veza había leído suficientes buenas novelas como para entender lo que pasaba". Este es el pasaje que mejor recuerdo de *La antorcha al oído*. Lo que dejó tan honda huella en mi memoria fue la sorpresa de leer esa última frase:

Veza había leído suficientes buenas novelas como para entender.

¿Para entender qué? Para entender su propia historia de amor. Veza entiende el lío en el que se está metiendo; y, me imagino, desde sus lecturas, lo asume.

Lo interesante de esta idea es que implica la diversidad. Cuando Canetti utiliza el adjetivo "buenas", tal vez no está realizando una exclusión de textos, sino una inclusión de lecturas. Las "buenas novelas" no están contenidas en esa lista que nuestro cura y nuestro barbero personales han elaborado para dirigir nuestra educación sentimental. Las "buenas novelas" son "buenas" porque están en plural; no nos dirigen, porque se mueven en múltiples direcciones. Porque exponen diversas maneras de comportarse, diversas maneras de ver el mundo, diversas maneras de ser. Diversas maneras, en fin, de asumir el amor en que debe estar fundada toda democracia.

De tal forma que la literatura, en lugar de orientar el sentido de los afectos dentro del terreno de lo correcto, lo unívoco, lo adecuado, lo decente; en lugar de describir la sumisión a una norma, nos habla precisa-

mente de las dificultades que ciertos seres humanos (los marginales, los monstruos, los excéntricos, los locos) experimentan para someterse a las reglas del juego.

Esas reglas que nadie entiende, pero que todo el mundo trata de seguir al pie de la letra. Aunque no haya tal letra. Las novelas exploran la interioridad de esas personas que se niegan, por voluntad o por incapacidad, a amar como se debe. Y en esa forma, ponen en tela de juicio que se deba amar de una sola manera. No toda la gente está dispuesta a ser matrimonial y familiar; no toda la gente puede amar adecuadamente. Pareciera que, en ese terreno, todos estamos en el riesgo de equivocarnos de lugar, de tiempo, de persona. En todo caso, lo que las novelas ponen en duda es que pueda obligarse a todas las personas, en todas las circunstancias, a ser monogámicas, fieles a sus cónyuges, nacionalistas, adultas, heterosexuales, reproductivas y legales todo el tiempo.

Tal parece que el marco dentro del cual hemos metido los afectos humanos es demasiado estrecho. Hay quienes tienen que sentirse constreñidos, restringidos, mutilados, dentro de esos límites impuestos únicamente por la experiencia vivida y sin ninguna argumentación racional. De ellos da testimonio la literatura; de quienes no son normales —porque no pueden o porque no quieren.

No sé si leer suficientes buenas novelas nos permita manejar de una manera más eficaz, más conveniente, más exitosa, nuestras relaciones amorosas. (Ni siquiera sé si todos los lectores de novelas terminarán convirtiéndose, como Don Quijote, en locos peligrosos.) Aquí quiero hablar solamente de mi exótica y desordenada y permanente afición a la lectura de novelas. Lugar ilimitado cuyo encanto reside, indudablemente, en que realiza el reino de la posibilidad y se opone al encadenamiento inevitable de los sucesos materiales.

Ha sido en las novelas donde he podido pensar el amor como algo distinto de lo que sucede en las historias reales. En la literatura, el amor se desliga de las negociaciones administrativas de la vida y aparece en una extraña complejidad; las novelas desbaratan esa maraña real de intereses y regateos en que lo menos visible es, precisamente, la profunda solidaridad en que nos comprometemos cuando amamos a alguien. Ha sido la literatura la que nos ha permitido pensar que el amor puede realizarse en libertad y realizar la libertad.

Para terminar, creo que esa confrontación con caracteres intensamente involucrados en sentimientos y emociones que no siempre se parecen a los que dice experimentar la gente común, nos conduce a la

posibilidad de pensar que el amor es un afecto modelado por la cultura y, por lo tanto, modelable por la conciencia. De tal manera que dejamos de ser víctimas indefensas del amor y comenzamos a reconocer que somos autores de nuestra propia desdicha. Ya don José Ortega y Gasset ha dicho que el amor, más que un poder elemental, parece un género literario. Sólo las novelas nos dejan creer que estamos escribiendo nuestra propia historia amorosa.